

Padre Julián Carrón, Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación (13-10-2012)

Beatísimo Padre, Venerables padres, Hermanos y hermanas:

El Sínodo sobre la Nueva Evangelización y el Año de la fe arrancan de una misma constatación: no podemos seguir «considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común». «De hecho, este presupuesto [hoy] no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado» (*Porta fidei*, 2).

Si no podemos seguir dando la fe por descontada, la primera urgencia es cómo despertar en los hombres de nuestro tiempo el interés por ella y por el cristianismo. Y el lugar privilegiado para despertar este interés es la vida cotidiana, donde como cristianos entramos en relación con nuestros hermanos los hombres.

Al leer el *Instrumentum laboris* (142), que contiene ideas muy valiosas para nuestro trabajo, me llamó la atención esta observación: «Es causa de preocupación en muchas respuestas [a los *Lineamenta*] la escasez del primer anuncio en la vida cotidiana que se desarrolla en el barrio y en el mundo del trabajo». Me parece que esta valoración, que emerge de múltiples formas, mete el dedo en la llaga indicando cuál es el desafío que tenemos que afrontar. A pesar de todos los esfuerzos de las últimas décadas para mejorar los instrumentos de la transmisión de la fe, la constatación es sencilla: todo el trabajo realizado hasta ahora encuentra grandes dificultades para generar una novedad de vida que despierte entre los que nos rodean la curiosidad por lo que los bautizados viven en su vida diaria (en el barrio y en el lugar de trabajo). Esto dice mucho de la dificultad que tenemos que afrontar hoy como Iglesia: ¿cómo superar esta fractura entre la fe y la vida que hace más difícil poder encontrar la fe de una manera razonable, y por tanto atractiva, en la vida ordinaria? Si no conseguimos responder con claridad a esta cuestión, seguiremos realizando esfuerzos ingentes sin abordar de manera adecuada la raíz del problema. Aquí reside, en mi opinión, el nexo profundo entre el Año de la fe y la Nueva Evangelización. De hecho, sin «descubrir y acoger nuevamente el don precioso de la fe» que convierte a cada uno de los bautizados en una «criatura nueva» capaz de mostrar la belleza de una existencia vivida en la fe, la nueva evangelización corre el riesgo de quedar reducida a un problema de expertos y a un debate sobre los instrumentos, y no llegaría a darse como una experiencia personal y eclesial capaz de despertar en los hombres un verdadero interés por la fe.

Para suscitar este interés contamos con un aliado que es constitutivo del hombre en cualquier cultura y condición. Sabemos que el corazón humano está hecho para el infinito. Este deseo, aunque esté sepultado bajo multitud de distracciones y errores, es inextirpable. Permanece en el hombre la espera de un cumplimiento. Porque ningún «falso infinito» –utilizando una expresión de Benedicto XVI–, con el que tantas veces identifica su plenitud, logra satisfacerlo.

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo? ¿Qué podrá dar el hombre a cambio de sí?» (Mt 16,26).

A semejante espera no puede responder simplemente una doctrina, un conjunto de reglas o una organización, sino sólo el acontecimiento de una humanidad distinta. Como dijo don Giussani en el Sínodo de los laicos de 1987, «lo que falta no es tanto la repetición verbal o cultural del anuncio cristiano. El hombre de hoy espera, quizás inconscientemente, la experiencia de un encuentro con personas para las que Cristo es una realidad tan presente que ha cambiado su vida. Es un impacto humano que puede sacudir al hombre de hoy: un acontecimiento que sea eco del acontecimiento inicial, cuando Jesús alzó la mirada y dijo: *Zaqueo, baja rápido, voy a tu casa*». Entonces como hoy, sólo una criatura nueva, que testimonia una vida cambiada, puede volver a suscitar una curiosidad por el cristianismo: ver realizada esa plenitud que uno desea alcanzar, pero no sabe cómo. Hombres nuevos que crean lugares donde cualquiera pueda comprobar en primera persona lo mismo que los dos primeros discípulos a orillas del Jordán: «Venid y lo veréis», porque «una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no sería una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, todo, dice lo contrario» (L. Giussani, *Educación es un riesgo*)

Don Francisco José Gómez Argüello Wirtz, Co-fundador del Camino Neocatecumenal (17-10-2012)

La Carta a los Hebreos dice: «Como los hijos comparten la sangre y la carne, así también Cristo las compartió, para reducir a la impotencia mediante su muerte al que tenía el dominio sobre la muerte, es decir, el diablo, y liberar a los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a la esclavitud» (Hb 2, 14-15).

¿Creemos verdaderamente que los hombres, por miedo a la muerte, están sometidos de por vida a la esclavitud del demonio? Si lo creemos, este Sínodo debe decir con san Pablo: «*Caritas Christi urget nos*. El amor de Cristo nos apremia a pensar que si Él murió por todos, todos murieron. Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos» (2Co 5,14).

Dice san Pablo que Dios quiso salvar el mundo mediante la necesidad del kerigma, que es el anuncio de esta noticia. La fe viene de la escucha y hoy vivimos en una sociedad secularizada que tiene los oídos cerrados. Si queremos evangelizar, es preciso dar signos que abran los oídos al hombre contemporáneo. Pero ¿cómo puede llegar una comunidad cristiana a este nivel de fe del amor, en la dimensión de la cruz y de la unidad perfecta? De aquí la necesidad del catecumenado postbautismal que haga crecer la fe.

Lydia Jiménez González, Directora General del Instituto Secular Cruzadas de Santa María (17-10-2012)

El *Instrumentum laboris* (nn. 147-149) nos llama a realizar la tarea evangelizadora-educativa en el difícil contexto actual, de *emergencia educativa*. En este sentido ¿cómo hemos de ser los educadores católicos?, ¿cómo tiene que ser la escuela católica? Quisiera señalar algunos medios:

1. Mantener la identidad católica de nuestros centros.
2. Establecer en nuestros centros un programa serio e integral de formación en la fe.
3. Fidelidad creativa al carisma fundacional.
4. Práctica de las virtudes mediante un programa serio de educación de la voluntad.
5. Programa de educación de la afectividad. Fomentar el ejercicio de la caridad.
6. Atención personalizada.

Hemos visto, con dolor, cómo muchos alumnos de nuestras escuelas católicas, educados con rigor en el estudio, han llegado a ser líderes sociales enemigos de la fe y de la Iglesia. Que nuestras escuelas no sean centros de cultivo de personas muy *cultas*, pero *bautizadas descreídas*. Y hemos visto también, con gozo, cómo en colegios, universidades, donde se mantiene la identidad y se realiza la educación en la fe surgen vocaciones para la propia congregación y para todos los estados de la vida cristiana. Se pide a los señores obispos una atención especial a los centros de titularidad católica de sus diócesis. Que velen porque no desaparezcan y mantengan su clara identidad católica como contribución eficaz a la formación de nuevos y creíbles evangelizadores.